

EL MÁRMARA
EN LLAMAS

EL MÁRMARA EN LLAMAS

Blas Malo



1.ª edición: marzo 2012

© Blas Malo, 2012

© Ediciones B, S. A., 2012

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-5026-7

Depósito legal: B. 1.805-2012

Impreso por Novagrafic Impresores, S.L.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Blanca,
luna de mi vida,
mi sol y mis estrellas*

Rechazados los eslavos en la zona de los Balcanes y vencidos los persas, los dominios del Imperio bizantino se extendían hasta Egipto. Sus ciudadanos anhelaban una paz larga y duradera, pero esa paz no llegó.

Desde el año 626, los exhaustos ejércitos de Bizancio se enfrentaban a una nueva amenaza surgida del corazón del desierto: los árabes. Inspirados por la nueva religión islámica, en pocos años arrebataron al imperio la tierra de los faraones, Palestina y Siria. Cuando los jinetes de Alá cruzaron Asia Menor, el pánico cundió en el palacio imperial de Constantinopla. Los seguidores del Profeta no sólo eran rápidos, intrépidos y estaban llenos de un fervor enardecido; conquistada Alejandría, aprendieron a construir barcos y el Mare Nostrum dejó de ser romano por segunda vez en setecientos años.

PRIMERA PARTE

673-711

Heliópolis, año 673 (53 después de la Hégira)

Ni los dioses imperiales ni el cristianismo habían ahogado los viejos cultos de Heliópolis. Los árabes habían ocupado la ciudad instaurando una convivencia vigilada y el Profeta los había respetado, pero nadie sabía cuánto duraría la tolerancia musulmana hacia los cristianos. Heliópolis, la antigua Baalbek, era una encrucijada de rutas comerciales en el desierto.

Los alumnos seguían con interés las palabras del maestro mientras paseaban bajo los pórticos de piedra. Ausonio de Tiro deambuló alrededor del bastión defensivo de la ciudadela árabe. Los soldados musulmanes vigilaban las calles. Al otro lado de la gigantesca explanada la gente entraba y salía de la mezquita, en cuyos muros se distinguían algunas columnas del viejo templo de Júpiter-Baal.

—Tierra, agua, fuego y aire. Son los cuatro elementos, pero ¿qué falta en la relación?

—Éter —contestó uno de los alumnos, llamado Timeo. Tenía catorce años.

—Éter, es cierto, como indicó ¿quién?

—Aristóteles —respondió otro alumno.

Ausonio de Tiro negó.

—Fue Platón—respondió Calínico. Una barba incipiente aparecía en el rostro juvenil de dieciséis años. Era un muchacho atlético y vigoroso—. El éter es lo que rellena los huecos entre

los cuerpos celestes. Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, la Tierra, la Luna y el Sol.

—Muy bien. Cientos o miles de estrellas forman las constelaciones de la bóveda celeste. Y desde lo más grande a lo más pequeño todo está formado por los cuatro elementos, que mutan constantemente. ¿Quién ordena el caos y crea las formas? La divinidad, dice Platón, la inteligencia ordenadora. Dios. Pero si todo existe, es porque está proporcionado, y aquel que descubra las proporciones de todas las cosas y luego la forma de alterar esas proporciones será dueño del mundo.

—¿Por qué? —preguntó Calínico. Aquello le interesaba.

—Porque podrá actuar como un dios —respondió el maestro en el exterior de la ciudadela.

—¡Herejía! —murmuró uno de los alumnos, pero Ausonio continuó, como si no lo hubiera oído.

—Podrá tomar cualquier sustancia o cuerpo y transformarlo en cualquier otro. Podrá tomar una piedra y convertirla en una hogaza de pan o incluso en oro. ¿Por qué respiras? ¿Tienes alma? ¿No dudas, no tienes preguntas? Por eso es importante la búsqueda del conocimiento, y los filósofos. Gracias a ellos sabemos que la Tierra es redonda, como demostró Eratóstenes, y Aristarco razonó que gira alrededor del Sol. Quién sabe.

—Pero, maestro, a mí un mercader me ha contado que la Tierra es plana y no redonda, ¿y no ves que el Sol gira todos los días alrededor de la Tierra, y no al revés? ¡No es posible convertirse en un dios! ¡Sólo uno multiplicó los panes y los peces! Esto es una herejía —dijo otro de los alumnos.

El filósofo procuró calmarle. El almotacén, que se paseaba por el zoco, había vuelto la vista hacia ellos, intrigado. Acari-ciándose la barba entrecana, el maestro señaló al alumno con el bastón.

—Los griegos antiguos ya lo dijeron. La sabiduría exige argumentos, pruebas. ¡Teorías! ¡Teorías! Eratóstenes demostró; Aristarco razonó. Pruébamelo. Demuéstramelo. —El alumno se encogió de hombros—. Eres libre. Puedes recurrir a otro maestro si no crees lo que te enseño.

—Claro que no lo creo —respondió alejándose a grandes pasos, indignado. Desde la gran explanada, se volvió, y de forma que pudieran oírlo todas las personas de la plaza, incluido el almotacén, encargado no sólo de los pesos y medidas, sino también de velar por la moral y el orden, le gritó al maestro—: ¡Hereje!

Y se fue corriendo. El joven Tímeo estaba asombrado. ¡Cuántas cosas buenas podía hacer la ciencia por el hombre! Él quería creer a Ausonio. Calínico también. Muchos años más tarde, Tímeo descubriría que por razones totalmente diferentes.

Siria ya no era parte del Imperio romano de Oriente. Bajo el dominio árabe, muchos jóvenes de raíces bizantinas consideraban más lucrativo dedicarse al comercio y a la navegación que a la filosofía. Otros, aconsejados por el almotacén, se convertían en apariencia al Islam para estudiar el Corán y los hadices del profeta Mahoma, a fin de medrar en el intrincado mundo de la jurisprudencia musulmana. El almotacén se solazaba de sus logros; aquel viejo bizantino se quedaría pronto sin ningún oyente. En silencio, Ausonio negaba con la cabeza, resignado y entristecido ante la marcha progresiva de sus alumnos.

—Las leyes de los hombres no arreglarán el mundo. Ordenan la sociedad, pero sólo para el provecho de unos pocos. No se necesitan más procuradores, sino más hombres de pensamiento libre.

Tímeo y Calínico permanecieron junto a él. Se sentían muy afortunados; ellos, a diferencia de los otros pupilos, eran huérfanos, y habían sido acogidos por Ausonio. Tímeo veía en el sabio al padre que no había tenido. Calínico no pensaba lo mismo.

—Demócrito de Abdera no opinaba como Platón —explicó el filósofo mostrándoles agua, aceite y vinagre en un recipiente de vidrio—. Defendía que todo se compone de diminutos corpúsculos indivisibles a los que llamó átomos. Son la unidad de la

materia, y Demócrito consideraba que hay muchos tipos de átomos, cada uno con sus características. Los átomos de los sólidos son más pesados que los de los líquidos.

—¿Y por qué los sólidos son sólidos y no líquidos? —preguntó uno de los muchachos.

—Porque sus átomos no resbalan entre sí, están fijos —contestó el maestro.

—¿Y eso por qué? —preguntó Timeo. Se había adelantado a Calínico, y éste lo miró desafiante.

—¡Ah, Timeo! —Ausonio sonrió—. La curiosidad es el inicio del camino al conocimiento. ¡Hay tanto por descubrir! Qué era tan maravillosa nos ha tocado vivir.

—¿No es porque así lo quiere Dios? —propuso otro de los alumnos, extrañado.

—Demócrito decía que cada ser de la naturaleza es como es porque sus átomos están ordenados de una forma determinada, de una forma natural. Son así porque no pueden ser de otra forma. Los átomos se aglomeran según leyes naturales, que existen por sí mismas, incluso puede que sin la intervención de divinidad alguna.

—Pero Platón rechazaba a Demócrito. ¡El presbítero dice que no hay nada que no provenga de Dios! —exclamó el hijo de un rico comerciante, contento de encontrar una excusa por la que huir de aquel grupo de aburridos.

—Entonces la teoría de Demócrito no tendría que atormentarte, porque también estaría inspirada por Él, ¿cierto?

El alumno lo miró dubitativo.

—Os daré mi opinión, aquí, de día y bajo la sombra de esta parra. Yo no hablo de creencias, sino de conocimiento. El mundo es como es por algún motivo. ¿Por qué las plantas son verdes y no azules? ¿Por qué brilla el sol? El día sigue a la noche, y luego el ciclo se repite. ¿Por qué? ¿Por qué arde la brea y no el granito? Ha de existir un motivo, y cuando se descubra, alcanzaremos el conocimiento.

—Pero, maestro —replicó el mismo discípulo—, dices con frecuencia que la verdad es única. Entonces, ¿por qué los presbí-

teros rechazan tu filosofía? ¿Por qué el almotacén también te mira con desprecio? ¿Quién tiene razón?

—Dímelo tú, ¿piensas que es cuestión de razón o de fe? Debéis librar vuestra lucha interior como yo hice; en mi juventud busqué respuestas en la antigua Nínive de Mesopotamia y en los desiertos de Persia. Debéis buscar vuestras propias respuestas; eso es lo que intento enseñaros.

Calínico cruzó la ciudad meditando las palabras de Ausonio. Si la verdad era única, ¿cómo descubrirla entre sus múltiples disfraces? Atravesó la enorme explanada que se abría frente al desmantelado templo de Júpiter, del que el emperador Justiniano había arrebatado ocho columnas para construir Hagia Sophia, en Constantinopla. Incluso bajo el dominio musulmán aún había seguidores de los viejos mitos asirios, ocultos en sus casas o en las zonas rurales en las afueras de la ciudad, junto al desierto, donde nadie los molestaba. Ellos ¿creerían también ser poseedores de la única verdad? Y su maestro ¿era el auténtico camino a la sabiduría, o estaba equivocado?

Calínico pensaba en el fuego. Podía quedarse horas mirando la llama de una vela. De los cuatro elementos era el que más le inquietaba, parecía vivo, el único capaz de crecer y desarrollarse, y no entendía por qué. ¿Qué tenía que tanto le atraía? A veces soñaba con imágenes confusas. Fuego, gritos, figuras que corrían, que podían ser su padre y su madre. Se preguntaba si él era el causante de ese fuego, si por eso era huérfano, si por eso le fascinaba tanto. El muchacho se alejó de los puestos de los vendedores y centró su atención en los lamentos que provenían de uno de los callejones en sombra. Vio a dos hombres que golpeaban a un viejo, dos ladrones que pretendían arrebatarse un cordero, que balaba lastimosamente.

—¡Que tu dios te proteja ahora, anciano! ¡Idólatra! ¿A qué dioses ibas a sacrificar este animal? ¿A tu dios del desierto? Suelta tu bolsa ya, o por Cristo que te saltaré todos los dientes.

Aquel anciano estaba condenado. Al sol, en la avenida prin-

cial de piedra, ninguno de los viandantes parecía oír nada ni mostraba interés por intervenir. Volvieron a golpear al anciano, que trató de resistirse hasta que cayó al suelo escupiendo sangre por sus labios partidos. En su zurrón se entrevió un cuchillo ceremonial que los dos hombres cogieron con avidez, mientras retenían al viejo contra el suelo pisándole el pecho. El cordero balaba aterrorizado.

—¡No! ¡Devolvédme!

—¡Aparta! ¡Es de oro! —El viejo consiguió liberarse y, arrastrándose, recuperó su bolsa—. Nos darán un buen puñado de monedas por él. ¡Sucio pagano! ¿Le dejamos marchar?

—No —contestó el otro ladrón, con una sonrisa torcida.

El anciano levantó la cabeza del suelo y vio a Calínico en la entrada del callejón.

—¡Ayúdame! —dijo dirigiendo hacia él una mano suplicante.

Calínico miró a un lado y a otro. Un pescadero vigilaba su carro masticando una brizna de paja. Dos mujeres que cubrían su cabeza con un velo cargaban con una cesta de verduras y charlaban sin parar, alejándose. La súplica del anciano se dirigía a él y, sin saber cómo, sorprendido de su audacia, se vio avanzando por el callejón. Dos hombres robustos contra un anciano consumido e indefenso. Era injusto.

—¡Fuera! ¡Largo! ¡Dejadle en paz! —dijo con una voz que parecía de otro.

Los dos ladrones se volvieron hacia él, olvidando al anciano. Éste sacó un puñado de sal amarillenta de su vieja bolsa y agarró a uno de sus asaltantes por el tobillo. El ladrón se giró justo en el momento en el que el anciano le arrojaba la sal a los ojos.

—¡Ciego! ¡Estoy ciego! ¡No veo! —gritó el hombre llevándose las manos al rostro y dejando caer el cuchillo. El viejo lo recogió jadeante y trató de alejarse gateando.

El otro ladrón miró a su compañero y luego al muchacho. Calínico se lanzó contra él echando mano a su túnica, a lo que parecía una empuñadura. El hombre, de mirada cetrina, no se arredró y le dirigió a la cara un puñetazo que Calínico esquivó; el aprendiz soltó la empuñadura y usó sus puños para golpearlo

en las costillas con toda la fuerza que pudo. Mientras Calínico se crecía, el ladrón retrocedió y su compinche se aferró a él.

—¡No veo! ¡No veo! ¡Ayúdame! —suplicó con los ojos enrojecidos a su compañero.

El ladrón miraba con una mueca feroz a Calínico, quien percibió su indecisión creciente. El joven le gritó con grandes aspavientos:

—¡Largo! ¡Largo de aquí! —bramó Calínico haciendo el amago de sacar su arma. Apretó la empuñadura con más fuerza y el matón dudó.

Al fin otros viandantes se asomaron al callejón y los dos ladrones huyeron. El cordero seguía balando aterrorizado. Calínico se agachó para ayudar al anciano a levantarse. Sus ropas estaban viejas y gastadas, y emanaba un hedor insoportable, como de animal salvaje. Murmuraba una letanía ininteligible. Los mirones desaparecieron.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?, ¿quién eres?

—Me llamo Arnabarces —dijo observando la empuñadura de Calínico. Era el extremo de un pergamino enrollado—. ¿Ésa era tu arma? ¿Un papiro?

El viejo se echó a reír, aunque la expresión de su rostro cambió de pronto cuando se palpó el costado. La palma de su mano estaba ensangrentada, y el costado parecía hundido. Intentó caminar, pero cayó en brazos de Calínico.

—Esos salvajes te han roto las costillas. Necesitas a un médico.

Lo ayudó a incorporarse. Por debajo de la vieja camisa vio su piel tatuada con serpientes de grandes ojos y bocas abiertas. También vio un disco, un anillo alado. El viejo se desvaneció. Calínico lo sujetó, cogió la bolsa y asió la soga del animal para tirar de él.

Ausonio de Tiro no puso ningún reparo en acoger al anciano en su casa como muestra de caridad. Cuando lo desnudaron para lavarlo y curarlo, miró los tatuajes: varias serpientes se devoraban unas a otras. También parecía haber dragones; las llamas

de las fauces se prolongaban por sus brazos hasta las muñecas.

—Este hombre no es bien recibido en esta casa —sentenció el maestro frunciendo el ceño mientras Timeo apartaba las heidiondas ropas del anciano para quemarlas fuera, en el jardín.

Pese a su disgusto, Ausonio empapó un paño de lino limpio en agua, sal y romero para aplicárselo en el costado

—Le dolerá, pero le curará. La costilla está en su sitio. La sal formará una costra y se le cerrará la herida. Ayúdame con el vendaje.

El viejo apenas se movió. Debía de estar muy cansado, del cuerpo y de la vida. Su respiración era regular, aunque débil.

—Sanará —dijo Ausonio—, pero en cuanto mejore deberá marcharse.

—¿Qué significan esas marcas, esos símbolos? —preguntó Calínico. Los tatuajes estaban interrumpidos en varias partes por viejas cicatrices.

—Son símbolos de antiguas creencias. Antiguas creencias que la gente del desierto aún no ha desterrado. ¿Ves el anillo? Representa a un dios del fuego. Salvar a un hombre supone una responsabilidad. Lo velarás durante toda la noche.

Calínico suspiró resignado. Aún no sabía qué le había impulsado a meterse en aquel callejón.

Al alba, cuando Calínico ya cabeceaba de puro cansancio, el viejo abrió los ojos y gimió débilmente, pidiendo agua. Se palpó el costado vendado y las ropas limpias. Miró con serenidad el lecho, la habitación recogida y la luz de la ventana.

—Aún no me has dicho tu nombre, joven desdichado.

—¿Desdichado?

—Lo leo en tus ojos. Algo en tu interior pugna por salir, a la espera de un cambio que no se produce. Los cambios hay que provocarlos. Aprende eso, joven.

—Me llamo Calínico

—¿Dónde estoy?, ¿quién me ha vendado?

—Estamos en casa de mi maestro Ausonio. Él te curó. Me

avergüenza decírtelo, pero quiere que cuando te sientas mejor abandones la casa. ¿Qué significan los símbolos que llevas tatuados? Hemos visto el disco alado y las serpientes.

Arnabarces se incorporó en el lecho.

—Agradece a tu maestro su acogida. Es cristiano y ha cumplido con su obligación: ser misericordioso con el prójimo. Pero mucho antes del cristianismo estaba Zoroastro. Calínico, ven conmigo y aprenderás cosas que no te enseñará tu maestro. Así yo pagaré mi deuda contigo.

—Te ayudaré a llegar a dondequiera que te dirijas.

Salieron de la ciudad y se encaminaron al este, hacia las colinas del desierto. El muchacho se sentía inquieto.

—Zoroastro vivió aquí mil años antes que ese mesías crucificado vuestro. Ahora, por todas partes, los seguidores de ese nuevo profeta de los hijos de Arabia proclaman la verdad de su dios. Pero no hay más dios que Ormuz. ¿Qué aprendes con tu maestro?

—Es un filósofo, un pensador, un físico. Tiene una gran curiosidad. Enseña la ciencia de la naturaleza.

—No todo es ciencia ni lógica, joven Calínico, a veces es importante tener fe. Mira hacia arriba, a aquellas colinas, ¿ves esa roca en forma de columna? Allí podrás encontrarme cuando hayas vencido tu miedo.

A su regreso, Ausonio lo recibió con frialdad.

—¿Por qué? ¿Por qué su fe es peligrosa? —lo cuestionó Calínico.

—La sabiduría tiene las respuestas, no la fe. Podemos predecir eclipses. Podemos elaborar vino. Podemos construir barcos y levantar pirámides, hijo. ¡Yo las he visto! Y no las construyeron los dioses, sino los hombres. No dejes que ese viejo te confunda con su palabrería.

Al hablar así, el maestro no sabía que ya era demasiado tarde.

El iniciado

Pasaron varios días antes de que la inquietud se adueñara de Calínico, y un atardecer se escapó a la colina donde vivía el anciano seguidor de Zoroastro. La colina se levantaba sobre un gastado valle de piedra arenisca en el que crecían zarzas y cañas, en torno a una charca de agua pestilente. El muchacho llegó a un recodo y alcanzó la piedra que se erguía como un dedo índice. Era una piedra singular; en su base se veían marcas a intervalos regulares, talladas por el hombre. El camino seguía hasta un estrechamiento en la ladera con un arco de piedra natural; daba acceso a una explanada rodeada de altas paredes. En el centro había un pozo poco profundo, y frente a él, se abría una cueva excavada en la arenisca.

—¡Arnabarces! —llamó el joven aprendiz.

El eco rebotó en las paredes, calientes por el sol. En el fondo del pozo había un lecho de brasas aún candentes, sobre el que yacían los huesos calcinados de algún animal.

Movido por la curiosidad, el muchacho entró en la cueva. Era fresca. A un lado pudo ver un hogar rodeado de piedras ennegrecidas sobre el que reposaba una pequeña marmita. Cerca, colgados en la pared, había haces de hierbas secas junto a dos conejos desollados y ahumados y una tinaja llena de agua. Enfrente, ropas esparcidas y un jergón de hierbas sobre una plataforma de piedra. Junto a ésta había un cuchillo negro; la techumbre tam-

bién estaba ennegrecida. Más allá, en la profundidad de la cueva, rodeada por círculos de extraños grabados, se abría una oquedad llena de un líquido negro de olor penetrante. Aquello parecía el hogar de un eremita, o de un loco.

Calínico se sobresaltó cuando escuchó al viejo detrás de él.

—Te he olido desde el peñasco. Sabía que volverías. Ven, siéntate. Aún duele. Pero Ameretat me cuida, me abraza por la noche, me administra las plantas de los inmortales y me protege de Zarich, para que me deje tranquilo y me otorgue un día más.

—¿Quiénes son Zarich y Ameretat?

—El espíritu de la vejez. Ah, sí, tú no crees en ello. Eres cristiano... ¿Lo eres?

»Mira, ésta es la hierba más preciada de Ameretat, la protectora: la haona. Encendamos el fuego y comamos carne que nos dé fuerzas.

El viejo tomó una porción de uno de los conejos, vertió en la marmita parte del agua de la vasija y cogió algunas hierbas, mientras murmuraba en un idioma desconocido. Quizá sirio antiguo, o elamita, o la lengua de los iranos. Calínico lo escuchaba hipnotizado. El presbítero no lo cautivaba tanto como los cánticos de aquel extraño anciano.

—¿Vives aquí? Quiero decir: ¿solo? ¿Por qué?

—No hay sitio para mí en la ciudad. Soy... hum... un idólatra, eso dicen. Pero no estoy solo. Tengo mis cánticos, y las estrellas. Y he de cuidar el fuego.

—¿El que está en el pozo?

—El que está en el pozo —asintió el viejo—. Me encargo de mantenerlo encendido. Hace mucho era una señal fuerte y poderosa, y daba la bienvenida a las caravanas del desierto, que dejaban junto a él sus ofrendas. Ahora mengua, porque yo soy el último que cuida de él.

»¿En qué crees tú, muchacho?

—No te entiendo.

El viejo murmuró por lo bajo, o eso parecía. Calínico se dio cuenta de que se estaba riendo.

—¿Crees en lo que te dice tu maestro? Es hora de que creas

en otra cosa —dijo ofreciéndole un vaso ceremonial lleno de una bebida empalagosa—. Bebe y te enseñaré algo.

Calínico bebió. Entonces Arnabarces mojó sus manos en una tinaja con agua y llevó al muchacho junto a la oquedad sagrada. Alzó las manos, levantó la cabeza y cerró los ojos mientras murmuraba unas palabras ininteligibles. Cuando el cántico llegó a su cenit, dejó que unas gotas de agua resbalaran por entre sus dedos hasta caer en la poceta. La cueva se iluminó con un resplandor súbito. Una llama cubrió el lugar sagrado.

—¡Santo Cristo! —exclamó Calínico.

—Esto que ves es el fuego que nunca se apaga. Ni siquiera el agua puede apagar su llama. ¡Pruébalo!

—Pero... no puede ser. ¿Que pruebe, dices?

El muchacho tomó agua con una jarra y empezó a verterla sobre la llama. Para su asombro, no sólo no se apagó, sino que se avivó repentinamente, subiendo por el chorro líquido hacia la jarra con tanta rapidez que tuvo que apartarse de un salto para no quemarse.

—¿Has visto? Nada puede extinguir esa llama.

—¿Cómo es posible?

—¡Es el poder de Ormuz!

El muchacho vertió otro poco de agua y el fuego volvió a llamear.

—Muéstrame cómo Ormuz crea tu poder —pidió intrigado y mareado por la bebida narcótica.

—Antes deberás aprender. Siéntate. Supe que eras diferente en cuanto te vi. Es una historia antigua. Antes que nada, estaban la oscuridad y el caos, y entonces Ormuz soñó la creación, las estrellas, el mundo con sus ríos y montañas, los mares. Despertó, y pensó que sería hermoso que alguien apreciara los árboles y la vida. Pero en su sueño no sólo estaban los hombres. También estaba Ahrimán, el demonio maléfico, y los dos hablaban a los hombres, intentando prevalecer el uno sobre el otro.

Calínico escuchaba mientras pensaba intrigado en la llama que no se extinguía.

A esa visita siguieron otras. Calínico evitaba a sus compañeros y a su maestro, pero Ausonio sabía perfectamente adónde iba y cuándo regresaba. En el taller, mientras atendía a sus otros discípulos, miraba de reojo cómo el muchacho experimentaba sobre la llama de una vela.

—¿Qué pretendes, Calínico? —le dijo clavando en él su mirada mientras se acariciaba la barba cana.

El chico recogió con lentitud los frascos que había utilizado y apagó la llama, pensando una respuesta que no lo delatase.

—¿Por qué el fuego se extingue con agua, maestro? ¿Existen fuegos diferentes?

—Difíciles preguntas me haces. ¡Ved, muchachos, qué intenso interés, y tan repentino, por conocer el orden de las cosas! El agua es fría, y la materia necesita calor para arder. El agua le roba calor y la llama se apaga. El agua siempre apaga el fuego, mientras haya agua suficiente.

—¿Y no puede el agua iniciar el fuego?

—No. Jamás podría. —El maestro acarició la cubierta de su grueso libro de anotaciones—. La brea arde, el azufre arde, la estopa arde, y el agua extingue todos los fuegos.

—¿Todos los fuegos?

Ausonio dejó de sonreír.

—¿No será aquel hombre el que ha puesto esas ideas en tu cabeza? Los adoradores del fuego son la encarnación del mal. ¡Te prohíbo que te acerques a él!

El muchacho frunció el ceño, pero no replicó a su maestro. En cuanto el filósofo dejó de prestarle atención para concentrarse en montar un serpentín de bronce, Timeo se aproximó a Calínico, quien se mostraba resentido.

—Te he visto saliendo de la ciudad —le susurró—. ¿Es cierto? ¿Has visto al anciano?

—¿A ti qué te importa?

—¡Es un loco! ¡Un idólatra! —Se acercó aún más—. Pero tengo curiosidad sobre lo que te cuenta. ¿Puedo ir contigo?

Calínico lo miró sorprendido. ¿No sería una astuta estratagemata de su maestro?

—¿Tú? —Lo miró de arriba abajo. Ausonio escribía en su libro. Los otros discípulos se entretenían con el serpentín—. ¿No me traicionarás?

—¡No! Tus preguntas me han intrigado. Quiero saber más.
—Bien, sígueme esta tarde, y que Ausonio no sospeche.

Arnabarces los vio acercarse desde la lejanía.

—¿Y tú, qué esperas encontrar aquí? —le preguntó a Tímeo.

—No lo sé. Eres un hombre extraño. Siento curiosidad por conocer lo que Calínico escucha a escondidas de nuestro maestro.

Se sentaron al calor de la lumbre. El pozo de brasas resplandecía, recién alimentado.

—Calínico, háblale de Ormuz y de los seis espíritus, háblale del bien y del mal.

—¿Teología? ¿Moral? —Tímeo se levantó alarmado.

—El mundo está en equilibrio. En cada uno de nosotros existen el bien y el mal, y la lucha entre ambos es continua —recitó Calínico. Arnabarces lo animó a continuar. Por la expresión de Tímeo, su plan estaba dando resultado—. Ormuz se reveló a Zoroastro como el único dios del bien, la encarnación de la verdad, la vida y el bien. ¿Te suena? ¡Es la misma revelación de Abraham!

—Pero hay más. —El viejo tomó un conejo, vació sus entrañas e inspeccionó su hígado, murmurando una letanía en avéstico—. «¡Te entrego otra vida, para que apagues tu sed y te sacies, y todo sea propicio! ¡Hazme partícipe de ti!»

»La adivinación por las entrañas es una de mis artes; ¿quieres que adivine tu futuro?

Tímeo salió de la cueva.

—¡No! No quiero oír más. No diré nada, Calínico. Pensé... que encontraría otra cosa —dijo alejándose del lugar.

—No estaba preparado, entonces —dijo Calínico mirando al viejo.

—No lo estaba. —El anciano le tendió un cuenco ceremonial, con la haona en infusión—. Bebe, hijo de la luz.

Calínico bebió mientras miraba la llama del fuego inextin-

guible. Se tumbó en una estera junto al fuego. La somnolencia se apoderó de él.

—Veo el fuego eterno. La llama imperecedera —murmuró el joven.

—Eso es. Ahora verás el futuro, el pasado, pero nada es inmutable. Cada persona es responsable de su existencia. Los que actúan mal se dirigen a su ruina moral, y deberán realizar una compensación por sus actos antes de alcanzar la luz. —El viejo también bebió, apurando el cuenco—. ¿Qué ves?

La conciencia de Calínico se hundió en un mundo de pesadilla. La cueva y el anciano desaparecieron envueltos en bruma y se transformaron en un mar anaranjado, reflejo de las nubes llameantes que inundaban todo el orbe.

—Fuego. Todo está rodeado de fuego. ¡Una serpiente de ojos rojos arroja fuego por su boca! Y se mueve en un mar ardiente, lleno de voces suplicantes y desgarradoras. ¡Es espantoso!

—¡La serpiente es Ahrimán! —exclamó Arnabarces—. ¡Domínate!

La voz del anciano sonaba muy lejana, amortiguada por las olas en las que Calínico se ahogaba. La serpiente nadó hacia el muchacho mientras sus ropas, su pelo, su piel se calcinaban, y le habló con una voz estentórea y cavernosa.

—¿Cómo te atreves a desafiarme? ¿Aspiras a conocer el secreto del sacerdote a costa de tu alma?

La carne se le llenaba de ampollas en el líquido hirviente y se desprendía de sus huesos. El tormento era terrible.

—¡Nada está predeterminado! ¡Cada persona hace su destino! ¡Nada de esto está sucediendo! —exclamó con su último hálito.

La serpiente lo rodeó, mirando cómo se consumía. Calínico sólo pudo oír tres palabras antes de que su conciencia se disolviera:

—¡Ah!, pero sucederá.

Después de la oscuridad, llegaron las estrellas. El muchacho reconoció Casiopea, el Carro y el Cazador. Sintió vértigo, aun-

que su conciencia no tenía cuerpo, y con un descenso vertiginoso volvió al mundo de los hombres.

—¡Ahrimán! —exclamó sudoroso, alzándose de pronto de la estera.

Volvió a tumbarse. Todo le daba vueltas. Las manos le temblaban. El viejo estaba recostado, bebiendo agua. Vio cerca de él un pequeño dedal lleno de tintura negra y un punzón afilado. Se palpó el costado, dolorido. Un lienzo le cubría parte del torso. Algo había sucedido mientras dormía.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—El necesario. Ahora llevas el símbolo de Ormuz, y por él has vuelto conmigo.

—Un tatuaje. Y tú, ¿has soñado?, ¿qué has visto? —le preguntó Calínico.

—He visto mi muerte. He soñado que tú me matabas.

Era muy tarde. Calínico salió y se quedó de pie frente al pozo de brasas. Una estrella fugaz cruzó el limpio cielo del desierto.

—¿Por qué? ¿Qué motivo tendría para hacerlo?

—Dímelo tú. Has venido a escucharme noche tras noche. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero conocer el secreto del fuego que no se apaga.

—Aún no es el momento. —El viejo tosió y miró el esputo oscuro—. Ven mañana.

Ausonio estaba desesperado con el díscolo aprendiz. No lograba comprender qué lo llevaba día tras día hasta las colinas.

—¿No has pensado en que pones en peligro a todos en esta casa? Bajo los pórticos la gente murmura que estás ayudando a ese viejo con mi connivencia. ¿Quieres hacernos sospechosos ante el almotacén?

—Sospechosos ¿de qué?

—Calínico, ¿en qué mundo vives? Sospechosos de perturbar las costumbres y el orden. Te acogí por tu inteligencia, y observo que la estás corrompiendo. Tu ejemplo está afectando a los demás. Timeo volvió perturbado la otra noche. ¿Estuvo conti-

go? —Calínico negó con la cabeza—. No puedes atender a dos maestros. Debes elegir.

—¡Elegir! ¿Dices que sienta curiosidad por el mundo y por eso me rechazas? No me lo merezco. —Se irguió en un raptó de orgullo—. ¡Debes confiar en mí!

—Elige, Calínico, pero elige bien.

Pasaron tres días antes de que pudiera volver a las colinas. Tuvo extrañas visiones de un ejército que cruzaba una enorme puerta triunfal de ladrillo esmaltado en azul con figuras de leones dorados. Vio fuego, vio la caída de una gran ciudad. Vio la estatua de un demonio en lo alto de una columna dominando un inmenso campo de ruinas humeantes, y el demonio lo saludaba envuelto en un torbellino de calor. Vio a Arnabarces arrodillarse ante una llama inmensa y a una gran muchedumbre que lo imitaba. Y supo que tenía que volver junto al anciano de la llama.

Llegó la noche. Su mirada se cruzó con el reproche silencioso de Timeo, pero no se dijeron nada. El cielo seguía limpio y sin nubes. Al llegar a la explanada de la cueva del solitario anciano le extrañó que el pozo no estuviera bien alimentado, y supo que algo iba mal.

La caverna estaba en completa oscuridad. Tomó una de las ramas a medio consumir, avivó la llama y entró en la cueva. Arnabarces estaba tumbado y su respiración era muy débil. Estaba cubierto de dibujos sagrados. La estera estaba impregnada de brea. Calínico no comprendía nada. ¿Qué significaba todo aquello? Esos signos..., sí, entendía ese signo. Se lo había enseñado Arnabarces. Se esforzó por recordar qué significaba. Vio un vaso de haona aún caliente, a medias. Aplicó un lienzo húmedo sobre la frente del anciano y encendió una lucerna de aceite. El viejo abrió los ojos.

—Sabía que volverías —murmuró—. Pero no me queda mucho tiempo.

—¡Ven conmigo! Mi maestro te curará.

—No. Escúchame ahora, Calínico. Es tarde para mí, y seré el último, a menos que tú seas el siguiente. Quieres conocer el secreto del fuego, el don de Ormuz, y eso es lo que te ofrezco. Escúchame atentamente.

Calínico retrocedió espantado; mientras atendía a los débiles susurros del anciano, hizo su aparición una visión repentina de la serpiente de fuego que clamaba por su alma. El viejo lo agarró con fuerza.

—¡Suéltame!

—¡Acércate más! ¿No quieres conocer mi secreto?

Calínico forcejeó, derribando la lucerna. El aceite ardiendo prendió las ropas y la estera del viejo, y éste dio un alarido terrible.

—¡No! ¿Qué has hecho? ¡Ya es tarde para mí! ¡La serpiente reclama mi alma!

Una de las manos en llamas del anciano se aferró al brazo de Calínico como una garra. Entonces recordó. El signo significaba «sacrificio».

—¿Qué sacrificio?

—¡Tu alma a cambio de la liberación de la mía! ¡Consúmete en el fuego conmigo!

En el resplandor del fuego el aprendiz vio los grabados de la cueva llenos de sangre y comprendió cuál había sido el propósito de Arnabarces: liberar su alma a cambio de una víctima a Ahrimán. El viejo, todavía en llamas, intentó levantarse empuñando el cuchillo ceremonial, pero Calínico, aterrorizado, consiguió arrebatarlo y desasirse, empujando al hombre al fondo de la cueva, donde se amontonaban recipientes de barro llenos de aquel líquido negro, que se inflamaron provocando una tormenta de fuego. Los gritos del viejo fueron terribles, y acompañaron a Calínico en su huida.

¿Qué le había susurrado Arnabarces antes de morir? ¿Le había confesado los elementos del fuego secreto? ¡Aceite mineral! ¡Era uno de ellos! No podía recordar más, espantado por la vi-

sión de las llamas que consumían la carne del viejo. Tenía que recordarlos, ¡tenía que ser capaz!

Regresó apresuradamente a la casa del filósofo y se dirigió a la sala del taller, pero no estaba solo allí. Dos figuras lo esperaban. Desprevenido, una terrible bofetada lo arrojó al suelo. Ausonio retiró el trapo que ahogaba la luz de una linterna; sus facciones estaban marcadas por la rabia. Tras él, abochornado, se encontraba Timeo.

—Pensé que debía ser paciente contigo, pero no hay salvación para ti, ¡recoge tus pertenencias y lárgate de esta casa!

Calínico se levantó empuñando el cuchillo. Destilaba odio hacia Timeo por su traición.

—¿Qué es ese olor que traes contigo? —preguntó Ausonio—. ¿Qué es ese tatuaje, y ese cuchillo? ¡Dios bendito! ¿En esto han quedado mis enseñanzas? ¡Un seguidor de un culto bárbaro! ¡Qué gran traición a mi confianza! Pero el almotacén sabrá de ti, ¡oh, sí! ¡Te espera la sogá! ¡Arrincónale, Timeo!

—¡No! —exclamó Calínico intentando zafarse de ambos.

Entablaron una lucha encarnizada. Anaqueles, frascos, cazos, alambiques, todo cayó al suelo. La linterna se volcó sobre el libro de notas del maestro. Timeo cogió a Calínico por ambos brazos, dispuesto a reducirlo, pero éste esgrimió el cuchillo y lo hirió. Timeo se palpó la sangre y se apartó asustado.

—¡No escaparás, hijo del diablo! —Ausonio se arrojó sobre él.

—¡Maestro! ¡Tus notas están ardiendo! —gritó Timeo con desesperación.

El fuego se propagó con rapidez por las paredes y el techo. Timeo intentó controlarlo, mientras Calínico forcejeaba con su maestro.

—¡Me has mentido, nos has mentido a todos! ¡Nunca nos dijiste la verdad! —se quejó Calínico amargamente, debatiéndose con más fuerza.

—¿Qué verdad?

—¡Que no hay dioses! ¡Nosotros somos los propios dioses! —exclamó Calínico con una revelación repentina.

En el forcejeo, el cuchillo ceremonial se clavó en el vientre del maestro, que cayó al suelo herido mortalmente.

—¡Maestro! ¡Calínico! —Timeo se desentendió del fuego para arrodillarse y cargar con Ausonio. Éste, exangüe, murmuró algo. La vida se le escapaba a borbotones. Miró a Calínico, quien pareció salir de su parálisis, aún cuchillo en mano. Tenía lívidos los nudillos. Todo estaba rodeado de llamas y las llamas le hablaban; le decían que aceptaban su ofrenda y que ya no lo abandonarían. Timeo le dirigió una mirada suplicante—. ¡Todo está perdido! ¡Ayúdame a sacarlo de aquí!

Calínico, horrorizado, con las manos manchadas de sangre y la mirada desenfocada, huyó de allí y se perdió en la noche.

Un mar ardiente

El renuente aprendiz huyó de su pasado uniéndose a una caravana que se dirigía a Damasco. Muawiya ibn Abi Sufyan, iniciador de la dinastía de los omeyas, había convertido la ciudad en capital del califato. Damasco era un hervidero de emisarios, comerciantes atentos a la menor oportunidad, soldados, mulás y caídes, todos pendientes de encontrar un atisbo de posibilidad para acercarse y mendigar los favores del nuevo califa.

La angustia atormentaba a Calínico. ¿Acaso había sido culpable de todo lo ocurrido? ¿Estaría condenado a tener que soportar por el resto de su vida la horrenda visión de las garras carbonizadas de Arnabarces y de las manos ensangrentadas de su maestro? El cuchillo de oro y rubíes seguía en su poder, oculto entre su ropaje. Era incapaz de decidir los nuevos derroteros que tomaría su vida, pero mientras necesitaba comer y dormir. La venerable y romana Damasco se estaba transformando según los designios de su nuevo señor; estaba llena de andamios y hambrienta de brazos jóvenes y fuertes. A cambio de comida y cama, Calínico entró a trabajar como peón en la construcción de una mezquita. Ausonio le habría tachado de sacrílego; estaría revolviéndose en su tumba.

El maestro de obras era un sirio de mirada pícaro y nariz bulbosa, robusto y de barriga protuberante, que no se tomó a bien que el nuevo peón foráneo opinara sobre la necesidad de reforzar o no varios de los muros.

—¿Crees que se caerán? ¿Es que eres un docto arquitecto? ¡Concéntrate en llevar las espuelas de adobe o te moleré a palos!

Deslomado y agotado de día, de noche Calínico soñaba de forma recurrente con la figura en llamas del seguidor del fuego, consumiéndose en su cueva del desierto. En su sueño, el viejo movía los labios entre las llamas y el calor, pero Calínico no llegaba a entender lo que le decía. ¿Serían esas palabras la revelación de su secreto? Quizás el califa recibiera bien el secreto de la existencia de un fuego capaz de vencer al agua. El califa Muawiya lo colmaría de oro en cuanto lo escuchara.

Un día, un altivo jinete de ricos ropajes de seda negra bordados en plata, turbante, barba espesa y oscura y mirada desafiante visitó la mezquita en construcción seguido por su escolta. El alarife se deshizo en alabanzas y elogios hacia el recién llegado, quien asentía en silencio a las explicaciones alborozadas de su guía. Parecía poco satisfecho con los progresos. Calínico, resolviendo por el esfuerzo de remover la argamasa, le preguntó por él a otro obrero.

—¿Quién es ése?

—Un emir de Muawiya.

—¿Un emir? ¿Y de qué lo conoce? —insistió Calínico secándose el sudor de la frente con el borde de la camisa.

—Es el benefactor que financia la mezquita, rumí.

Calínico sentía que su sitio no estaba allí. Tenía un gran secreto, y en la oscuridad de la cuadra aneja a la mezquita donde dormía junto a otros peones pobres como él, meditaba sobre cómo dirigirse al emir. ¡Aquella no podía ser su vida! ¡Si tan sólo recordara la fórmula, si entendiera aquellas palabras mudas! ¿Sería ese conocimiento parte de los secretos herméticos de su maestro, perdidos en el fuego de aquella noche aciaga? Tenía que pensar en la forma de hablar con el enviado del califa.

Cuando el emir regresó a inspeccionar el avance de la cúpula

del edificio sagrado, Calínico se arrojó a sus pies, humillándose ante la mirada estupefacta del alarife.

—¿Quién es? —preguntó el emir con frialdad, deteniendo a sus hombres con un gesto en tanto no recibiera una explicación. El alarife temblaba de ira y de miedo.

—¡Oh, un peón, un rumí sin oficio ni beneficio! ¡Largo, escoria! ¡Vuelve a remover la argamasa!

—¡Oh, emir, déjame hablar contigo! —Calínico alzó la cabeza del suelo—. Tengo algo que interesará al califa. ¡Déjame hablarte a solas! ¡Soy un estudioso, un erudito! ¡Escúchame, por Alá!

—¡No menciones el nombre del Misericordioso, rumí! ¿Qué pides a cambio? ¿Una moneda?, ¿dos?

—Una oportunidad. Escúchame y tendrás mucho que ganar.

—Quizá sí, quizá no. —A una señal del emir, el joven fue arrastrado fuera de su camino—. Mientras lo pienso, no estará de más que recuerdes quién decide sobre tu vida o tu muerte, y a quién debes respeto. ¡Alá sabe de mi paciencia! ¡Dadle veinte latigazos!

El maestro de obras rio. Los soldados azotaron al joven en un callejón próximo, para evitar las salpicaduras de sangre en el futuro recinto sagrado. Dos mendigos se mofaron de él; parecía uno de ellos.

—¡Y ahora vuelve al trabajo, perro! —Y diciendo esto, uno de los soldados lo arrojó de un puntapié al suelo, junto a la arena y los adobes.

Calínico tardó días en recuperarse, pero la humillación sufrida reforzó su determinación. Quería creer que aquellas imágenes de pesadilla que sufría noche tras noche tenían una razón de ser; o tenía un gran secreto al alcance de las manos o estaba volviéndose loco. ¿Por qué si no había escuchado a la serpiente de fuego, que le exigía una ofrenda a cambio de sus deseos? Y seguía sin entender las últimas palabras de Arnabarces.

Una noche salió con cuidado de la cuadra. Deambuló por las

calles desiertas, evitando a las patrullas urbanas, hasta que encontró a una víctima, un viejo harapiento oculto detrás de una cestería. Su aliento apestaba a mosto fermentado, ilícito. Calínico sacó el cuchillo ceremonial. El viejo estaba tan borracho que apenas abrió un ojo cuando el joven le desnudó el torso. Necesitaba su hígado, un hígado humano, para satisfacer a Ahrimán.

—¡Recibe este sacrificio! ¡Que el rumor de la sangre alcance las estrellas y otorgues a mi palabra tu verdad, a mis brazos tu fuerza, a mi destino tu voluntad! ¡Si es cierto, que así se cumpla!

Los caballos relincharon en una cuadra cercana, asustados por el único grito del desafortunado viejo. Un soldado se acercó a la carrera atraído por los ruidos del callejón, y la visión de Calínico le confundió. Lo que vio, para su terror, no fue a un hombre, sino una sombra ominosa y amenazante, inmensa, agachada como una alimaña sobre el cuerpo abierto de un viejo inerte, con las manos y el rostro cubiertos de sangre. El hígado aún palpitante chorreaba caliente entre sus garras. El soldado huyó lleno de pánico ante la aparición de aquel demonio.

Calínico, asustado por haber sido descubierto, se alejó a la carrera, arrojando el hígado que lo incriminaba, se limpió cuanto pudo y huyó de las luces de las ventanas. Oyó el paso precipitado de una escuadra de soldados justo después de regresar a la casa del albañil. Algunos de sus compañeros se revolviéron en sueños, turbados por su ruido, sin llegar a despertarse. Calínico permaneció insomne. Era su alma a cambio de otra alma.

Al día siguiente, el rumor de que una figura siniestra vagaba por las calles se propagó con rapidez de boca en boca.

—Me han dicho que vieron a un demonio devorando a un hombre. ¡Sus garras le habían abierto en canal, y bebía de su sangre! —comentó aterrado uno de los obreros.

—¡Quiera Alá que nos libre de él! —exclamó otro de los peones.

El emir reapareció. El maestro de obras se apresuró a recibirlo para mostrarle los azulejos de colores con los que alicatarían

las paredes. Calínico lo miró con intensidad, deseando que lo recordara, pero el emir pasó de largo. Quizá no había hecho suficiente, pero eso podía arreglarse.

En cuanto se acallaron los rumores en la calle volvió a salir, y regresó de madrugada temblando. Había conseguido otra víctima, pero los apresurados pasos de unos soldados le habían hecho huir antes de cumplir con su objetivo; y se reprochó haber fracasado por segunda vez.

El emir regresó a la mañana siguiente para asegurarse de que unas columnas llegaban a la mezquita en la que su nombre perduraría por siempre. Calínico estaba embaldosando un suelo cuando pasó junto a él. Y aquél lo miró.

—Tú eres el rumí. Aún estoy meditando tus palabras. ¿Trabaja bien? —le preguntó al maestro de obras con cierto desdén no exento de interés.

—¡Oh, sí! Desde que le diste una lección no ha dado problemas y trabaja como un mulo. Pero no nos entretengamos. ¿Qué hay de ese adelanto en oro, noble señor? Mis hombres comen todos los días.

Calínico soñó otra vez con que la serpiente le hablaba, siempre en sueños, rodeado de fuego y tormento, sobre una tierra calcinada y junto a un mar hirviente bajo cielos anaranjados. La serpiente lo rodeaba, acosándolo.

—¡Ayúdame a atraer la atención del emir! ¡Ayúdame a vencerlo de que merezco su indulgencia y su tiempo!

—¡Antes debes hacer más! —siseó la serpiente—. ¡Aún falta algo! Nada necesitas salvo entregarme tu alma.

—¡Te entregaré cuantas almas me pidas, pero dame tu poder! ¡Tu favor!

—¿Mi favor, insecto? —La serpiente abrió su boca abrasando con su aliento infernal la carne de su joven seguidor—. ¡Que tus ofrendas lleguen al cielo y te escucharé!

Por tercera vez, Calínico salió de madrugada a las calles. La serpiente le pedía someter a su sacrificio a una voluntad fuerte, pero los murmullos de terror poblaban el barrio. Los soldados estaban atentos. La vigilancia de la ciudad se había reforzado, dispuesto el gobernador a acallar los rumores supersticiosos. El joven se paró al ver frente a él a un hombre de pie, de espaldas, que no se había apercebido de su presencia. Llevaba un turbante blanco y estaba armado; su espada colgaba del cinto. En silencio, Calínico sacó el cuchillo ceremonial y se acercó al soldado. ¿En qué estaría pensando?, ¿en su mujer, en sus hijos, en la cosecha de algodón que plantaría con el equinoccio de primavera? Calínico levantó el cuchillo con ambas manos y, seguro de su triunfo, no pudo reprimir una emocionada exhalación. El soldado se volvió alarmado y Calínico bajó los brazos con toda su fuerza. El hombre no pudo gritar. El cuchillo le segó la vida, cortando su pecho y su corazón en dos. Cayó al suelo, paralizado y moribundo, y antes de que su vida se apagara sintió el desgarrar de sus entrañas, y vio cómo el seguidor del fuego reía, sosteniendo ante él su hígado sangrante.

Calínico huyó con su trofeo buscando un sitio seguro. En una huerta abandonada sacó yesca y pedernal y encendió un fuego, lo alimentó, y antes de que las brumas ocultaran la luna menguante hizo su ofrenda a las llamas. Observó el humo negro y se llenó del olor a carne humana quemada. Gritó invocando a Ahrimán, pero una risa siniestra le hizo volverse con un escalofrío. Sentía una presencia que le escrutaba desde la oscuridad y le alcanzaron unas palabras susurrantes que no entendió.

—¿Quién eres? ¿Qué... quieres de mí?

—Todo —respondió en griego la sombra.

Un viento frío lo envolvió, rodeándolo antes de desvanecerse.

Cuando Calínico regresó a la casa del albañil, temblando, uno de sus compañeros de cuadra lo miró, medio despierto, inquieto por ese olor que llevaba consigo. Aquella noche, por primera vez, el joven aprendiz soñó con otra cosa que no era el fuego; soñó

con el mar, y durmió con gran sosiego. Pero su compañero le miraba los pies, inquieto. Unas manchas oscuras bañaban las suelas de sus sandalias.

Las murmuraciones en la ciudad se hicieron eco de la nueva muerte. Asustados, los más supersticiosos besaban amuletos y custodios de su suerte.

—Vieron al diablo pasearse de noche, subiendo las paredes como una gigantesca lagartija —comentó un espartero.

—Pero ¿tú lo viste?

—No, yo no, pero me lo ha dicho mi cuñado, que conoce a alguien que tiene un primo que dice que lo ha oído, ¡que Alá nos perdone!

—¡Yo he oído que sus garras chorreaban sangre! —coincidió con él un panadero mientras todos los que los rodeaban prestaban atención a sus palabras.

Calínico se esforzó por ocultar los restos de sangre de debajo de sus uñas removiendo la argamasa con las manos. Sus esfuerzos serían en vano; en la cuadra, un criado había visto algo extraño junto a la estera que ocupaba el joven de Heliópolis. En un muro próximo vio el rastro de una mano ensangrentada, y otra más en el reverso de la estera, que estaba impregnada de un olor extraño. El criado se precipitó en busca de su amo. No podía sacarse ese nauseabundo olor de la cabeza.

El emir recorría la mezquita; esta vez se mostraba satisfecho con los avances. Las yeserías le gustaban y ya estaban colocando el andamiaje para construir la cúpula. Cuando lo vio, Calínico supo que su ruego había sido escuchado, y ensayó en su mente las palabras que le dirigiría en ese día glorioso, atento en todo momento a la aparición de su oportunidad. Aún no las había encontrado cuando un criado ansioso llegó hasta el maestro, quien miró con alarma a Calínico. Murmuró unas palabras al emir y todos se giraron hacia él.

—¿Estás seguro? —preguntó el jinete de Alá.

El criado asintió, pálido.

—¡El diablo! ¡El diablo! —murmuraron los peones más cercanos al de Baalbek, y se apartaron de él con aprensión.

—¡Tú! ¡Date preso en nombre del califa! —ordenó desenvainando su espada.

Calínico, consciente de pronto de la gravedad de la situación, dejó la espuerta y salió corriendo de la mezquita en medio del desconcierto.

—¿Cómo se llama? —exigió el emir al alarife, alzándolo contra uno de los muros recién encalados—. ¡Dime cómo se llama ese hijo del diablo!

—¡El rumí se llama Calínico!

—¡Treinta dinares de oro a aquel que me traiga su cabeza!

Era viernes y Damasco rebosaba de visitantes ansiosos por ver al fundador de la dinastía de los omeyas. Calínico se confundió con la multitud, intentando despistar a los soldados mientras maldecía el legado que había recibido. Ante un caravasar, en un forcejeo feroz, intentó robar un caballo de manos de un criado.

—¡Amo! ¡Amo! ¡Por Alá, me roban!

—¡Calla o me llevaré tu alma! —La voz ronca y los ojos brillantes no eran los de Calínico, y el criado cayó al suelo despavorido.

El joven de Heliópolis huyó alejándose de la capital, maldiciendo su estrella, su destino y su futuro.

Galopó por los caminos polvorientos sin comer ni beber hasta la caída del sol. Una sed atroz lo atormentaba, y durmió oculto en una quebrada en el desierto, lejos del vergel de Damasco. En mitad de la noche un viento nocturno espantó al caballo, que rompió las riendas y galopó sin control hasta perderse de vista.

—¿Qué quieres? ¡Dios mío!, ¿qué he hecho? —exclamó Calínico. De repente cayó en la cuenta de que su dios ya no sería nunca más el dios cristiano—. ¿No ha sido suficiente? Me persiguen, y no pararán hasta encontrarme. ¿Dónde está tu promesa, serpiente maldita?

«Mi alma a cambio de tu alma», recordó el joven, y supo que estaba perdido. Estaba en la tierra del demonio de fuego, donde Ahrimán le seguiría sin pausa, sin cansarse jamás, hasta que el viejo Arnabarces tuviera sosiego con el cumplimiento de su postrer deseo. ¡Huiría de allí! ¡Viajaría rápido, más rápido que nadie, lejos de aquella tierra! No esperó a que amaneciera. Comenzó a andar hacia el oeste, siguiendo el rastro del caballo.

Hasta varias semanas más tarde, Calínico no pudo disfrutar de un instante de sosiego. La barba le oscurecía el rostro. Cerró los ojos y se rascó la barbilla. La brisa marina le refrescó mientras el barco subía y bajaba, acercándose con el viento del sur a la gran ciudad amurallada. ¿Era eso lo que había querido la serpiente? Ausonio de Tiro decía que en aquella ciudad estaba todo el saber que no se había perdido en las arenas. ¿Hallaría allí respuesta al secreto de Arnabarces? Se negaba a entregar su alma. Alcanzaría el secreto y haría un trato. ¡Un trato con el diablo!

El aire del mar de Propontis lo llenó de esperanza y ambición. La cúpula de Hagia Sophia y las interminables murallas se le grabaron en el corazón, dejándolo mudo de asombro. Allí esquivaría al demonio, a la serpiente, al pasado y a su conciencia. En el año 674, Calínico arribó a Constantinopla, la capital del mundo.

El joven de Heliópolis dominaba el griego, el latín y el árabe, y tenía conocimientos de filosofía y de medicina. Después de un tiempo, consiguió que un profesor del Auditorium lo admitiera como traductor. Jamás había conocido una ciudad como aquélla, tan joven y tan llena de oportunidades, en la que el conocimiento tenía su lugar. Al Auditorium acudían jóvenes y eruditos de todo el imperio a estudiar leyes, gramática, retórica y medicina. Había otros jóvenes como él, pero ninguno tenía su ambición. Dentro de la biblioteca, en sus subterráneos, se ocultaban los legajos que él tenía que examinar.

—Perdona, ¿puedes ayudarme? —le preguntó un joven eunuco un día. Portaba una enorme cantidad de papiros entre sus brazos y no podía abrirse paso—. No puedo yo solo. ¿Podrías acompañarme?

—¿Adónde? —inquirió Calínico levantando la mirada de su mesa con suspicacia.

—Al sótano de la biblioteca. A guardar estos rollos, ¡no puedo leerlos! Si pudieras ayudarme..., me han dicho que lees latín con fluidez.

—¿Al sótano? —Era una oportunidad brillante—. ¿Cómo te llamas?

—Marius.

—Yo me llamo Calínico. Te ayudaré con estos papiros.

Gracias a Marius, un aprendiz de restaurador, pudo acceder a los legajos imperiales de la época fundacional de la ciudad, cuando Constantino el Grande decidió adornarla con lo mejor de todo el imperio, incluyendo sus libros, rollos y manuscritos. Así, en largas noches insomnes, Calínico, infatigable, leyó sobre el origen del fuego. Herodoto hablaba de las flechas incendiarias con estopa embreada usadas por Jerjes en la conquista de Atenas; Alejandro el Grande había usado unas vasijas rellenas de brea y resina de cedro... Calínico supo en el fondo de su corazón que el éxito se aproximaba.

Cuando leyó en un manuscrito polvoriento sobre Claudiano de Alejandría y las luces y relámpagos del templo eleusiano de Ceres, supo que todo era cuestión de tiempo. Encontró una mención en un papiro egipcio, pero no halló nada más.

—*Corpus hermeticum...* —El documento estaba muy deteriorado. Calínico suspiró, cansado y frustrado—. Otro libro perdido más. ¿Dónde te escondes, Hermes?

Allí, entre los libros de la biblioteca imperial, estaban las respuestas a los secretos herméticos del enigma del fuego imperecedero.

Semanas después llegaron noticias de que la flota árabe del califa Muawiya se estaba apoderando de las islas del Egeo: Quíos, Chipre, Rodas, una tras otra, voraz e imparable. La guerra asolaba Siria y Capadocia, devorando insaciable los territorios del Imperio bizantino.

Calínico sabía que no eran los árabes quienes asediaban ciudades y derribaban iglesias. Era la serpiente demonio de fuego, que lo había encontrado e iba tras sus pasos. La solución estaba cerca, pero por más que leía no encontraba nada sobre el fuego inextinguible. Pensó que sería bueno comenzar por el principio. Convenció a un joven estudiante fascinado por el fuego, un pirómano, para que fuera partícipe de sus experimentos por la noche en una de las estancias del Auditorium, lejos de otros ojos.

—No puede ser que Claudiano, Herodoto, Dionisio, persas y romanos estén equivocados, no puede ser que todos estén equivocados. ¡Sé lo que vi!

—¿Y qué viste? —preguntó el ayudante, intrigado por el celo con el que Calínico ocultaba su pasado.

—Tenemos aceite mineral, cal, brea, resina de cedro, aceite del Líbano, *aqua infernalis* y todos los componentes que mencionan los antiguos. Procederemos otra vez a seguir las anotaciones una por una.

Hirvieron y enfriaron, como decían los herméticos. Evaporaron y condensaron. Separaron y mezclaron. Pasaron días, transcurrieron semanas, meses. Las pruebas siempre eran prometedoras, pero nunca definitivas. Y los árabes avanzaban hacia Constantinopla, devorando el Egeo a su paso. La serpiente se reía de Calínico. Tal vez fue la desesperación lo que le inspiró a probar una última mezcla. Depositó los ingredientes en el recipiente al fuego y un olor nuevo, penetrante, asfixiante, invadió la sala según salía del alambique gota a gota mezclado con la resina y el fluido oscuro procedente de Armenia.

En un descuido, su ayudante vertió sobre la mesa una parte del líquido. Sobresaltado, dejó caer un recipiente con cal viva. El líquido se mezcló con la cal.

—¡Estúpido! —le espetó Calínico. Su genio era cada día peor, consumido por el miedo y el cansancio. Una rueda de fuego desvelaba su mente por las noches, impidiéndole dormir.

—Estoy harto de tus insultos. ¡Será la última vez que te ayude! ¡Y como soy yo el que tiene la llave de esta sala, no volverás jamás!

El líquido se escurrió por la mesa, hasta gotear sobre un cubo con agua. Y el agua ardió. Los dos jóvenes miraron el balde con incredulidad.

—¡Enciende esa mezcla!

La mezcla prendió en llamas. Calínico tenía el corazón desbocado.

—¡Apágala!

Calínico se apartó y su ayudante vertió agua sobre la mezcla. Un olor extraño inundó la sala, y el fuego, lejos de apagarse, siguió al agua y prendió las ropas del chico.

—¡Ayúdame, Calínico!

—¡Rápido, usa esto!

Le entregó un vaso de cobre con la última condensación del alambique y se alejó más aún. Cuando el joven vertió el contenido del vaso sobre sus ropas, las llamas se avivaron, haciéndole proferir alaridos de agonía.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Arde, arde inextinguible! —exclamó Calínico con los ojos brillantes, fascinado por las llamas que hacían bailar una danza macabra a su desafortunado compañero.

Las llamas salían de su boca. El joven cayó muerto al suelo y sólo entonces luchó Calínico furiosamente por apagar el fuego, con arena y una manta empapada en vinagre. Lo había conseguido. ¡El secreto era suyo y sólo suyo! El olor a carne quemada lo rodeaba. Sí, el desafío llegaría ante Ahrimán. Corrió a cambiarse, ya que aún tenía una difícil misión: convencer al emperador Constantino IV. Con el fuego secreto, derrotarían a las tropas del demonio y pactaría una tregua con la serpiente, para conservar su alma. Sin él, todo estaría perdido. ¡Él era el elegido!

Su hallazgo llegaba en el momento preciso. Después de atravesar el Helesponto y alcanzar el mar de Mármara, la flota del

califa Muawiya se apoderó de la península de Cyzicus en la costa de Bitinia, a tan sólo cincuenta millas al sur de la capital del Imperio bizantino, mejorando sus defensas antes de su avance final contra Constantinopla. En el año del Señor de 675 todo estaba preparado. Los barcos musulmanes transportaron a la parte europea de la Propóntide enormes ingenios de asedio y catapultas, y Muawiya comenzó el sitio de Constantinopla.

Los combates navales cortaron el suministro de alimentos. Y mientras las murallas de la ciudad eran puestas a prueba sin descanso, un mensajero intentó por tercera vez en el día llamar la atención del chambelán del palacio imperial. El funcionario guardaba que nadie interrumpiera la meditación y los pensamientos de Constantino IV, quien, sentado solo en su trono de oro y piedras preciosas, resguardado tras los velos de seda que lo separaban del resto de los mortales, reflexionaba sobre el tiempo que resistiría la ciudad.

El chambelán giró la cabeza. El mensajero, conocedor de las formalidades de palacio, se postró y le mostró un rollo de pergamino. Lo firmaba el prefecto de la ciudad. El funcionario lo cogió, reconoció el sello y cruzó los velos. El emperador lo miró cansado, con los ojos hundidos tras dos noches en vela, y le hizo un gesto de interrogación. El chambelán leyó en voz alta para él.

—«Oh, *basileus*, nacido en púrpura, representante del Señor en la tierra, en los momentos de infortunio nuestro Señor nos pone a prueba y de la manera más insospechada nos envía su aliento para que no desfallezcamos. Un hombre, un erudito, me ha mostrado cómo podemos vencer a las tropas del califa y a su armada. Escuchadle, os lo ruego, en sus manos está la salvación del Imperio. Sin él, nos enfrentamos a un asedio largo e incierto.» Lo firma el prefecto.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el emperador levantándose del trono y dirigiéndose al emisario. Estaba dispuesto a agarrarse a cualquier posibilidad, por pequeña que fuera—. ¿Dónde está? ¡Chambelán, haz que lo traigan a mi presencia!

—Sea —contestó el emisario, y cruzó la estancia hasta postrarse ante el trono. Era joven, pero tenía una mirada penetrante.

te—. Yo soy ese hombre, oh, *basileus*, y aquí, en mis manos, está lo que os ofrezco. El destino del Imperio.

Calínico le mostró una redoma llena de un fluido oscuro.

—¿Quién eres? ¿Y qué contiene ese frasco? —preguntó intrigado Constantino, un poco decepcionado. Se esperaba algo milagroso. Pero el hombre transmitía una fuerte vehemencia y permitió que hablara.

—Oh, *basileus*, alto será el precio de esas dos respuestas, pero lo tendréis por una bagatela cuando contempléis esto. —Y vertió el contenido de la redoma en una bandeja de plata.

El chambelán, apostado en el otro extremo de la sala, pudo ver una llamarada repentina ante los asombrados ojos del emperador.

La victoria sobre la flota árabe fue completa. Un solo hombre había salvado el imperio, manteniendo a raya a la armada de Muawiya el Omeya durante cuatro años, hasta que los árabes se vieron obligados a retirarse. Calínico estableció un pacto secreto con el Imperio y se mantuvo oculto de la vida pública. Se le concedió acceso pleno al Auditorium, a sus bibliotecas y al palacio imperial, y muy pocos llegaron a saber que era el artífice de un arma extraordinaria. Cuando se decretó la victoria y se pactaron con los embajadores las condiciones de la retirada musulmana, todos los senadores asistentes, los estrategas y burócratas de la corte alabaron el fin de la guerra y la grandeza del emperador, al que atribuyeron todo el éxito de la campaña. Pero el joven senador Antonino Pío tenía sus dudas, y se preguntó, examinando a todos los presentes, quién era aquel hombre joven de mirada penetrante que sonreía mientras parecía besar un símbolo pagano de oro. Su mirada estaba llena de un vigor sobrenatural.

El exiliado

Tímeo depositó un último puñado de tierra sobre la sepultura de su maestro. El presbítero dispensó la señal de la cruz sobre los asistentes, los bendijo y dio por finalizado el oficio fúnebre. Apenas había asistido al funeral una decena de personas. Los mecenas del sabio no habían acudido, alarmados por la trágica muerte de su protegido; habría sido irresponsable por su parte que los asociaran a tan intrigante suceso. Uno de los alumnos lloró la pérdida de Ausonio, arrepentido por haber abandonado sus enseñanzas. Tímeo se quedó solo mientras el sol se ocultaba. Lo había perdido todo; y había perdido a un padre. Calínico, sólo él, era el culpable. ¿No habría justicia para el desdichado frente al mal que medraba por el mundo?

—Oh, maestro, ¿a quién seguiré ahora? ¿Es esto lo que nos espera a todos en esta tierra de infieles? Honraré tu memoria, como haría un buen hijo. Lo juro.

Miró al sur, indeciso. Un meteoro cruzó el cielo dejando tras de sí una estela luminosa, como si el buen Dios le enviara una señal. Cerró los ojos, y con un escalofrío recordó el postrer suspiro del maestro en medio de las llamas. No, no podía quedarse en Heliópolis, era demasiado doloroso. ¿Eso era la vida, sufrir y caer en el olvido tras la muerte? Su maestro había balbuceado una última frase: «Busca la verdad.» Tímeo posó la mano sobre

la bolsa de cuero en la que llevaba sus pertenencias. Entre ellas, estaban los restos del diario de Ausonio.

—Que Dios te bendiga, yo no te olvidaré. A dondequiera que vaya tus enseñanzas vendrán conmigo. *Sit tibi terra levis*. Que la tierra te sea leve.

Los restos del diario del sabio estaban muy deteriorados. Las pocas hojas que conservaba estaban parcialmente quemadas y afectadas por el fuego y el agua. Aun así, Timeo podía apreciar la letra menuda y elegante de Ausonio, sus dudas, sus pensamientos, sus descubrimientos revelados en varias lenguas, algunas de ellas desconocidas para él. Su maestro había recorrido mucho mundo en su juventud, hacia el este y hacia el sur. Les había hablado de su estancia en las ruinas de Babilonia, donde se ubicó una de las maravillas de la Antigüedad. Timeo tomó una decisión: haría una peregrinación en memoria de su maestro. Partiría hacia la vieja Nínive.

Damasco aspiraba a ser el nuevo centro del mundo, y desde la capital de los omeyas las caravanas se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales.

—No te demores, extranjero, ¡estas calles no son seguras! —le advirtió con sorna un vendedor de higos secos en la alhóndiga.

—Nínive. Quiero ir a Nínive.

—Esos de allí. Esa caravana partirá mañana hacia las viejas tierras partas. Podrás compartir su camino por un tiempo.

Ausonio había visitado Nínive en busca de la legendaria biblioteca del rey Asurbanipal. Cuando Timeo llegó, terriblemente fatigado, las inmensas ruinas de la vieja ciudad junto al río Tigris no le desanimaron. Buscaba la memoria de los sabios con los que su maestro se había iniciado en el conocimiento de los secretos de los elementos, pero allí sólo habitaban el silencio y la soledad, y la gente evitaba las ruinas. Defraudado, decidió partir hacia el lago Urmía, donde le habían dicho que se ocultaban los eremitas que custodiaban los viejos secretos persas, pero las cuevas estaban vacías. Vasijas rotas, polvo y huesos viejos, eso fue

todo lo que encontró. Las cuencas huecas de un cráneo fueron testigos de su búsqueda infructuosa.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó al pastor nómada que lo había guiado hasta los refugios excavados en las rocas.

—Quizás el rey persa no les tenía aprecio, pero hay quien dice que huyeron al Gran Mar, hacia el este. ¡Busca allí!

En su lento deambular de meses y años por las costas del mar Caspio no encontró nada, salvo miseria, penas y tristeza. Pasó hambre y sed, el sol del desierto curtió sus manos y su rostro, hizo amigos y huyó de enemigos. En todas partes encontró la ambición del hombre, la corrupción de los poderosos, el lamento de los débiles, y también la risa de los desafortunados y la esperanza de los humildes. Adquiría sabiduría, pero aún no era consciente de ello. Acompañado de un beduino, regresó a Nínive, y sobre los restos del palacio de Asurbanipal, junto a las piedras de sus ambiciones y su biblioteca, se arrodilló y excavó con las manos en la arena dorada. Allí depositó con cariño los legajos de su maestro, sepultándolos para siempre en el desierto. «La vida del hombre es un continuo renacer», pensó para sí sin saber cuál sería su nuevo camino.

—Adiós, maestro. Adiós, padre.

Fue entonces cuando su mano tropezó con una forma rectangular bajo la arena. ¿Qué era aquello que asomaba a la superficie? Sorprendido al ver aquellos extraños trazos, con el corazón acelerado extrajo de la arena parte de una placa de barro cocido. Se acercó a su guía, que permanecía sentado a la sombra de una palmera.

—¡Beduino!, ¿qué es esta extraña escritura? ¿Puede leerse?

El guía dio un respingo y se puso en pie asustado, sobresaltando a los camellos.

—¡Atrás, rumí! ¡Nadie se atreve a desenterrar la memoria de los muertos!

Así que era eso; temían aquellos símbolos inscritos en la arcilla.

—¿Por qué?

—Porque es la lengua que hablan los demonios, y podrías perder tu alma. ¡Alá nos guarde de ellos!

Durante casi tres años, Tímeo deambuló por las ruinas que los lugareños evitaban. Desenterró decenas, cientos de tablillas con la misma escritura extraña e indescifrable. El sol lo atormentaba de día, y de noche se preguntaba inquieto si no le estaría tentando el Maligno en aquellas tierras paganas que parecían ser sus dominios. ¿Qué precio había pagado Ausonio por su conocimiento? ¿Su alma? Los beduinos, supersticiosos, lo evitaban, temerosos de aquel loco que indagaba secretos que no deberían ser desenterrados ni descifrados.

—¿Quién podría leerlas? ¿Qué es lo que dicen? —preguntó Tímeo a un comerciante de mirra que regresaba a Bagdad desde el lejano este.

En verdad parecía un loco, famélico, con las ropas andrajosas, una barba espesa y descuidada, los ojos hundidos y todo su ser envuelto en un olor rancio y desagradable. Sus manos ennegrecidas mostraron varias tablillas de cerámica llenas de extrañas marcas e incisiones. El mercader negó con la cabeza.

—Hace mucho que esa lengua se olvidó. Todo esto es conocimiento muerto. ¡Escúchame, rumí! ¡No pierdas aquí tu vida! Si algún saber antiguo ha sobrevivido al devenir del tiempo, su rastro te llevará tarde o temprano a Alejandría. ¡Ve a la ciudad del delta y no quedarás defraudado!

Tímeo besó las manos del comerciante al reconocer en él una señal divina. Dios no lo había abandonado, le había enviado a un ángel. El comerciante le hizo una advertencia.

—Te deseo suerte, pero ten cuidado en tu camino, rumí. No pases por Hatra.

—¿Hatra? ¿Por qué?

—Porque es la ciudad del diablo. —Y el comerciante se apresuró a besar un amuleto de cobre.

Tímeo sintió un nuevo palpito en su espíritu. Dios le estaba

llamando, y él se mostró dispuesto a aceptar su llamada. Elegiría su camino, aunque antes tenía que superar la última prueba; tenía que rechazar al diablo y las tentaciones del mundo.

¡Hatra! Bajo un sol inclemente, una alta columna coronada con una deidad fue testigo de su llegada. Con la mano derecha levantada y las alas plegadas, la figura se erguía como soberana de aquel desierto de viejas piedras calcinadas. El beduino que lo había guiado le hizo comprender que no se acercaría más a la ciudad maldita, y Timeo tuvo un sobresalto. Había visto antes aquella figura. Ausonio la había dibujado en sus notas. Era un demonio de los adoradores asirios del fuego, los herederos de los secretos de la materia.

—¡El diablo! —exclamó cayendo al suelo agotado por el viaje y la insolación. Su bolsa se abrió con la caída, y las pocas tablillas que portaba con él se esparcieron por el suelo.

Permaneció en Hatra durante cuarenta días y cuarenta noches. De día, el calor inclemente le torturaba; con los ojos fijos en la escultura de piedra, rogaba a Dios que le diera fuerzas para vencer, para soportar su agonía. De noche, el frío penetraba en sus huesos y el aire llenaba de voces la oscuridad, ululando entre las piedras y las columnas rotas. Lagartos y escorpiones lo acechaban. La soledad lo aplastaba; y recordaba Heliópolis, el incendio, la muerte de su maestro, la partida de Calínico, la maldad en sus ojos, la victoria del mal en el mundo... Las estrellas giraban y cambiaban a su alrededor; una noche pidió angustiado una señal al cielo, y éste se llenó de estelas blancas que cruzaron el firmamento. Maravillado, la llama de una esperanza brotó en su corazón y dejó de temer al diablo de la columna, porque Dios estaba con él.

—He superado la prueba. Ya no temeré lo que pueda encontrar.

Dio la espalda al demonio de piedra y comenzó su andadura hacia la tierra de los faraones.

En su largo peregrinar fue apresado por un almotacén y enviado a Firaz, donde sufrió cautiverio y tortura en las cárceles del califa. Allí coincidió con bizantinos, soldados presos de los *themas* orientales, que lo informaron de que la capital del imperio estaba en estado de sitio. Cuando lo supo, Timeo se derrumbó sobre el suelo arenoso, con un tintineo de cadenas. Dejaron de importarle las moscas.

—Entonces éste es el fin del mundo. ¿De qué sirve buscar la verdad, si son la guerra y la mentira las que gobiernan el mundo? —se lamentó sumiéndose en una amarga apatía. Los usurpadores se hacían con los tronos y eran derrocados, una y otra vez, en baños de sangre—. ¿En qué nos diferenciamos de los animales? Miseria, dolor y muerte. No saldremos jamás de la oscuridad. Platón no debió sacarnos jamás de la caverna.

—¡Calla, necio! —le espetó un soldado tuerto malinterpretando sus palabras—. ¡No atraigas nuestra muerte antes de tiempo! Reza a Dios y ten fe. ¡Aún no ha tomado nadie Constantinopla!

—Por el momento —contestó en la oscuridad otro soldado sin esperanza—. ¿Fe? Lo que protege la ciudad son las murallas.

La oscuridad de la celda aisló a Timeo del mundo. ¿Qué había movido a su maestro Ausonio a dedicar su vida a la búsqueda de la verdad? ¿Qué verdad? ¿Tenían más razón los que morían por Cristo o los que caían por el Islam? Quizás había algo común, algo de lo que ambas religiones bebían y que las trascendía. ¿Qué había dicho Calínico antes de huir? Timeo miró desfallecido sus ropas andrajosas, sus manos consumidas. La barba salvaje ocultaba sus labios agrietados y sus mejillas marcadas.

—No hay dioses. No hay dioses y él lo sabía.

Los almuédanos dejaron de llamar a la oración. El carcelero abrió la puerta de la celda, cuatro años después de la llegada de Timeo, y les dio una grata noticia. El califa Muawiya había ordenado la retirada de las tropas que asediaban la capital bizantina. Había firmado la paz con Constantino IV; el emperador recuperaba la soberanía de las islas del Egeo devoradas por el avance

musulmán y las tierras de Asia Menor, y se procedía a la redención e intercambio de los prisioneros de ambos imperios. Timeo se postró ante la luz en el suelo pedregoso de la tierra persa, bebió agua, comió con ansiedad el pan que le ofrecieron y se puso en camino hacia Alejandría.

Había oído hablar de la legendaria ciudad del delta del Nilo, y allí se presentó, hambriento de saber ante el palacio patriarcal, en cuya biblioteca había oído que guardaban grandes legajos. Se hizo ordenar diácono, y pudo acceder a sus escritos. Entre las hagiografías y las epístolas de los teólogos halló un fragmento arrugado e incompleto que hablaba de Plotino y de su deseo de conocimiento, y nombraba a sus seguidores Longino y Porfirio. El anciano bibliotecario guardaba con celo la llave que abría la sala de consulta y vigilaba con suspicacia sus idas y venidas; se acercó a su espalda con curiosidad por saber qué atraía la atención del joven diácono justo cuando Timeo apuntaba los nombres en un papiro. El bibliotecario rugió de ira al reconocerlos.

—¡Impío! ¿Era eso lo que pretendías, envenenar tu alma con escritos incendiarios? ¡Dámelo inmediatamente! —Y se lo arrebató de las manos, rompiéndolo en mil pedazos. Los fragmentos cayeron al suelo. Varios religiosos se acercaron, sorprendidos por el escándalo.

—¡No! ¿Por qué? —Timeo se inclinó para intentar recuperar los fragmentos, pero el viejo lo derribó con el pie y comenzó a pegarle con su vara. El joven intentó protegerse de su ira—. ¡Busco la verdad!

—¿Qué sucede, venerable? —preguntó un presbítero.

—Esa verdad que buscas no está cerca de Cristo. Los paganos están incluso entre nosotros. ¡Deberás someterte a penitencia!

Timeo tuvo que demostrar su arrepentimiento por mucho tiempo. Aprendió a acallar su voz interior y se obligó a pasar desapercibido. Muerto el bibliotecario que le había vedado la entrada, su sucesor le permitió de nuevo el acceso y pudo sumergirse en la intensa historia de la Iglesia alejandrina, llena de

persecuciones y dogmatismos enfrentados. Se sometía a ayuno y penitencia rigurosos, esperando que Dios volviera a revelarle el camino, pero sólo obtuvo silencio.

—¿Por qué, oh, Señor? —oraba Tímeo con fervor en su habitáculo—, ¿por qué permites que los hombres vivan confundidos y enfrentados por tu palabra?

Inmerso en la correspondencia del patriarcado, se dio cuenta de que todos, desde Arrio hasta Ciro, el patriarca monotelista, habían querido imponer su verdad por la fuerza. En cada escrito en el que se mencionaba a los seguidores de Plotino se los nombraba con desprecio, y Tímeo se preguntaba si no sería porque habían decidido seguir su propio camino.

Mientras el patriarcado de Alejandría subsistía a duras penas desgarrado por los cismas y las herejías y asfixiado por el Islam, el Imperio bizantino ardía bajo el reinado de terror de Justiniano II. Llegaban relatos de hechos terribles, según los cuales el emperador ahogaba a sus súbditos con sus manos para sacarles hasta su última moneda, y ordenaba que asesinaran a ricos y pobres, clérigos y civiles en cruentos baños de sangre en los que mostraba la energía del linaje de Heraclio, y su locura. Depuesto por el ejército en el año 695, y mutilado y desfigurado en castigo, había conseguido recuperar el trono diez años más tarde, y ávido de venganza, había sumido el Imperio en el terror, mientras en Alejandría los omeyas ahogaban a la comunidad cristiana con nuevos impuestos para la guerra.

—¡El patriarca de Constantinopla! ¡El emperador loco ha expulsado al gran patriarca! —exclamó un clérigo huido de Constantinopla que llegó a la carrera desde el puerto. Todos los miembros del patriarcado se consternaron horrorizados cuando oyeron sus siguientes palabras. Tímeo no podía creerlo—. ¡Fue torturado y cegado, sometido a escarnio y exiliado a Roma! ¡Yo lo he visto, montado sobre un burro y con sus ropas desgarradas, seguido por una escolta que se mofaba de él! ¡Tuve que huir para salvar la vida!

—Pero ¿cómo? ¿Cómo ha podido Dios permitirlo? —le preguntó Tímeo con los ojos muy abiertos por la terrible noticia.

—Porque también él ha huido de Justiniano. —Y el clérigo se echó a llorar en sus brazos.

Y mientras las fuerzas de Al-Walid tomaban Cartago y arrasaban Capadocia, y el emperador bizantino elegido de Dios vería en orgías de sangre las vidas de sus súbditos desdichados, Timeo, abrumado por las dudas, dejó el palacio patriarcal, y con él veinte años de su vida. Aún ansiaba buscar la verdad, pero necesitaba seguir otra senda.

Deambuló entre esfinges, obeliscos, piedras antiguas y casas de adobe. Los barrios se habían llenado de mezquitas, y aunque bajo la dominación musulmana todo lo antiguo estaba bajo sospecha, tenía que intentarlo, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

—¿Dónde puedo encontrar a alguno de los seguidores de Plotino? —preguntaba Timeo sin descanso, pero todo el mundo negaba con la cabeza, más deseosos de alejarse de su polvorienta figura que de escuchar sus palabras.

Un día alguien escuchó su petición en el zoco. El orfebre de origen griego, que limpiaba con una gamuza pendientes de oro y plata que tenía dispuestos para la venta, enarcó las cejas con expresión de sorpresa.

—¿Plotino, dices? ¿Qué sabes de él? —le interpeló mientras lo escrutaba con desconfianza.

A Timeo se le iluminó la mirada, esperanzado.

—Sé que buscaba conocer la verdad del mundo y que aquí, en algún lugar, puede existir gente que aún medite sus enseñanzas.

—Quizá sí, quizá no. Sería difícil, por no decir imposible, que los seguidores de una doctrina no aceptada pudieran reunirse en esta ciudad dominada por los ulemas y los caídes por un lado, y los monofisitas cristianos por el otro. —El desaliento volvió al rostro de Timeo—. Pero no hay mejor sitio para meditar que la ribera del lago Mareotis al atardecer, cerca de los antiguos mue-

lles fluviales, donde el silencio invita a perderse en los propios pensamientos. Puede que allí encuentres alguna respuesta.

Timeo entendió lo que le decía, y esa noche, junto al lago a espaldas de la ciudad, los seguidores de Plotino lo encontraron y lo admitieron en su círculo. Se reunían en secreto en los sótanos derrumbados del Serapeo, la antigua biblioteca y viejo templo de Serapis, rodeados de anaqueles vacíos; en las catacumbas cristianas, semiderruidas, donde se ocultaban también mendigos, leprosos y proscritos; en los almacenes del puerto donde sabían que no serían molestados. Debían ser cautos, pues los árabes vigilaban al patriarca de Alejandría y éste, decidido a asegurarse la tolerancia musulmana, estaba dispuesto a delatar ante el almota-cén a todo sospechoso de paganismo.

Los seguidores de Plotino compartieron sus secretos y Timeo desveló los suyos. El orfebre, llamado Jacob, lo aceptó en su casa como un amigo. Era quince años mayor que Timeo.

—¿Sabes?, no es habitual tu interés. El pasado está olvidado por todos salvo por nosotros —le dijo un día ofreciéndole unos dátiles de postre. La mujer del joyero y su hija de diez años se retiraron para dejarles hablar a solas. Timeo entendía que en aquel país había grandes incógnitas aún por desvelar—. Tu maestro era un sabio, y estaría orgulloso de ti. Pero nadie puede leer tus tablillas de barro. Quizás en la antigua biblioteca..., pero ya no.

Timeo miró con tristeza las tablillas de barro con inscripciones que había custodiado por tanto tiempo, y suspiró con resignación. C cogió uno de los pergaminos que estaban en las estanterías del joyero y lo desplegó sobre la estera donde estaban sentados entre cojines.

—¿Y todos esos símbolos que os rodean? Si pudiéramos leerlos e interpretarlos, podríamos aprender de los antiguos, recuperaríamos una parte de vuestro antiguo saber. ¿Quién podría leerlos?

El joyero le dirigió una mirada esquiva.

—Nadie puede. Ya no quedan sacerdotes de la edad antigua. Ese saber se ha perdido.

—Yo puedo —dijo una voz aguda. La hija del joyero, sor-

prendiendo a su padre, había regresado a la sala. Se acercó al invitado y le señaló algunos de los signos—. Ése es Ra. Éste es el cielo, y aquí está la tierra.

—¿Cómo? ¿Puedes leerlos? —exclamó Tímeo, avergonzado porque, después de diez años de búsqueda en los que él había avanzado tan poco, aquella chiquilla de ojos enormes y tez dorada tenía en sus manos la llave de un conocimiento que a él se le resistía. Pero había algo más, que descubrió cuando la chiquilla, extrañada, miró a su padre, que de pronto se sintió derrotado. La niña no comprendía nada.

—Pero, papá..., si fuiste tú quien me lo enseñó.

Jacob no tuvo más remedio que reconocer que sabía más de lo que admitía públicamente.

—Su madre, Sarah, es egipcia. Su abuelo aún sabía leer los símbolos, y a mi Irene le encanta dibujar. —La niña se acercó a su padre, mirando con repentina timidez al sirio. Jacob le dio un beso en la frente y le acarició la mejilla—. Recorre la ciudad dibujando, estilo en mano, todos los jeroglíficos que encuentra. Ve con tu madre, Irene.

En cuanto salió de la habitación, el joyero se acercó más a Tímeo.

—Sí —murmuró de forma casi inaudible—, sé lo que piensas. Algunos de los papiros de la biblioteca están en mis manos, una parte en griego, otra en jeroglíficos antiguos. Hablan de Seth, de la isla y las aguas primordiales, del fuego, del origen de su ciencia *khemeia*. Te lo confío porque mi hija me ha delatado ante ti. Espero tu discreción, y a cambio te permitiré que los examines más adelante.

—Seré discreto, ¡lo seré!

—Es tarde. Tendremos tiempo para hablar de todo esto en otro momento.

Un vecino del mismo gremio que Jacob, un competidor que envidiaba su clientela, observó cómo el sirio desconocido se alejaba de la casa del griego. ¿Cuál sería el secreto de Jacob para ha-

cer unas joyas tan exquisitas y tener una clientela satisfecha? El vecino sospechaba que sus paseos por las ruinas del Serapeo o por las catacumbas le habían proporcionado algún descubrimiento misterioso; de hecho, lo había seguido en varias ocasiones, pero no se había atrevido a adentrarse en esas cuevas de ladrones, violadores, asesinos y leprosos.

Jacob y su grupo de extravagantes traerían la ruina al barrio. El almotacén no miraría siempre hacia otra parte, ni aceptaría los sobornos toda la vida. El vecino pensaba que el almotacén era intocable para él. Pero si alguien, alguna persona piadosa, denunciara al propio almotacén con sospechas ciertas, seguro que el emir lo recompensaría.

Tres días más tarde, se armó de valor. Jacob y Tímeo salieron de noche en dirección a las ruinas paganas del Serapeo. En un sótano de entrada oculta entre las piedras y el palmeral, se había reunido aquel grupo de paganos, peligrosos trasnochadores que amenazaban con provocar la ira del gobernador y del califa. ¡Pero él salvaría la ciudad! Dejó de observarlos y volvió sobre sus pasos, dirigiéndose hacia la alcazaba junto al puerto bajo la luz del faro, tan rápido como pudo, no fueran a escabullirse antes de su regreso.

—Somos pocos, muy pocos, en Alejandría, en Roma, en Nicea y en Constantinopla. El abad de San Asterio nos ayuda, avisándonos de los peligros del patriarcado —explicó Jacob—, pero no seguiremos a salvo por mucho tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Tímeo, intrigado.

—Porque Al-Walid quiere nuestro fin.

Los soldados del emir llegaron a tiempo. En mitad de la reunión, entre hipótesis y suposiciones, entre filosofía y silogismos, cayeron sobre los seguidores de Plotino, de Hipatia, de Ammonio, adentrándose en las ruinas, buscándolos con antorchas y espadas en mano, piedra tras piedra, sala tras sala, apresurándose sobre las sombras que corrían, llenas de pánico, entre las columnas quebradas y los muros derruidos. Algunos se defendieron;

era la excusa que estaba esperando el emir y la réplica de sus hombres fue feroz. Jacob y Tímeo corrieron aterrados hacia una de las múltiples salidas, un hueco entre dinteles derrumbados a través del cual se entreveía la luna creciente.

—¡Ahora! ¡Vamos! —lo guio Jacob sin ver a dos soldados, que los interceptaron.

Tímeo braceó y consiguió zafarse y escapar por la abertura. No fue el caso del joyero, a quien golpearon sin piedad. Una figura se aproximó y lo señaló con el dedo, decidido y sin margen de error.

—Es el cabecilla. ¡Calumnia al gobernador con sus escritos paganos! —dijo con voz fría la figura. Era su vecino.

—¡Tímeo, salva a mi mujer, a mi hija! —gritó Jacob desde el suelo, cubierto de sangre.

El vecino corrió hacia la abertura.

—¡Coged a ése también! ¡Llegarás tarde, perro extranjero, porque están también condenadas! ¡No podrás escapar a la cólera del emir!

Alguien prendió fuego tanto a muertos como a vivos, y las llamas que escapaban entre las grietas y las piedras transportaron a Tímeo hasta la noche terrible de la muerte de su maestro en Heliópolis. ¡Aún podía salvar a la familia del joyero! Le debía la vida; era el momento de pagar su deuda, su fracaso en Heliópolis no podía repetirse.

Cruzó casi sin aliento el laberinto de callejuelas del barrio de los orfebres. Se detuvo paralizado por el grito de una mujer en mitad de la noche. Y con el corazón alocado corrió y corrió, temiéndose lo peor. Vio resplandores inequívocos. Era fuego.

—¡No! ¡No!

La casa del joyero estaba ardiendo. Su mujer, Sarah, gritaba y se desesperaba agarrando a su hija, mientras la tienda y la vivienda, una vez saqueadas, eran pasto del fuego. Varios soldados mantuvieron a raya a los curiosos. Las mujeres miraban todo ocultas detrás de las celosías de los pisos superiores. Un hombre discutía con los soldados ante la amenaza de que las llamas se propagaran al resto de las casas, pero el arif desenvainó la espada y el vecino calló, retrocediendo prudentemente.

—¡Nos vamos! —ordenó el arif. La mujer del joyero se aferró a las ropas de un vecino, llorando aterrorizada, pero la arrastraron a la fuerza con su hija—. ¡Alá te juzgará pronto, impía, contén tus lágrimas hasta entonces o te sacaré los ojos aquí mismo!

Irene temblaba junto a ella, muda, con los ojos muy abiertos. Distinguió a Timeo, que se había aproximado. Le tendió los brazos implorando su ayuda. Timeo no pudo ignorarla y se lanzó a por ella.

—¡Dejadlas! ¡Son inocentes! —Y en un raptó de valentía llegó hasta ella y la cogió del brazo, esquivando a un sorprendido soldado de tez picada.

—¡Sálvala! —le suplicó Sarah.

Movidos por su ejemplo y su piedad, varios vecinos, avergonzados por su propia cobardía, corrieron a ayudar al extranjero y a la mujer, mientras varios hombres que se dirigían baldes en mano a sofocar las llamas se enfrentaron a los soldados que trataban de impedirselo. Uno hirió a un barbero, corrió la sangre y estalló el tumulto. Con toda la fuerza que pudo reunir, Timeo golpeó en la mandíbula al soldado que retenía a Irene, dando un gran grito. La niña quedó libre. Los soldados sacaron sus espadas. El arif miró furioso al extranjero.

—¡Corre, hija! ¡Huye! —exclamó Sarah con sus últimas palabras.

Un soldado la atravesó desde atrás. La punta de la espada salió por su pecho. Timeo tapó misericordiosamente los ojos de la niña, y se alejó de allí a la carrera. Varios vecinos exacerbados lincharon al soldado con cuchillos y hachas. Aquello se estaba convirtiendo en una carnicería.

—¡Que no escape nadie! —ordenó el arif, intentando aún mantener el control. El vecindario engulló al destacamento.

Timeo huyó hacia el puerto. No tenían tiempo que perder.

—¡Suéltame! ¡Quiero ir con mi madre! ¡Quiero a mi padre! ¿Dónde está mi padre?

—¡Tus padres están muertos!, ¿entiendes? ¡Muertos! ¡Jacob me dijo que os protegiera y he llegado tarde! Pero aún puedo salvarte a ti.

Se ocultaron por espacio de un día y una noche cerca de las ruinas del Cesarión, antes de lograr embarcarse hacia un destino lejos de la ciudad. El califa Al-Walid, indignado por los altercados, ordenó infligir un severo castigo al barrio de los orfebres. La tolerancia dio paso a la intransigencia. Los rumores de la guerra, además, alentaban la huida de los cristianos más allá de las tierras del Islam. Timeo e Irene se dirigieron hacia Constantinopla.

Encontraron acogida en el monasterio de San Asterio. El abad era un seguidor de la sabiduría y los informó, para su alivio, de que Justiniano II había sido asesinado.* Irene, que al principio no había aceptado a Timeo, no quería separarse ya de él.

—Ella no puede quedarse conmigo, con nosotros. No por ahora. Necesita a alguien que pueda hacerse cargo de ella.

—No conozco a nadie más —se lamentó Timeo.

Ajena a la conversación, la niña observaba los gorriones posados en el patio exterior.

—Sé quién podría cuidarla. Un tutor, un eunuco llamado Marius. Trabaja en la biblioteca. Ella estará a salvo con él —dijo el abad. Dejó pasar algunas cuentas de su rosario entre los dedos y miró a la niña, quien se acercaba con sigilo a uno de los pájaros. Irene sonrió levemente, por primera vez desde la huida de Alejandría, cuando el pájaro echó a volar—. ¿Cómo se lo dirás?

—No quiero que me dejes —suplicó Irene mirando con sus grandes ojos a Timeo, quien leyó en ellos el dolor que le causaba la nueva separación.

—No lo haré, pero será nuestro secreto. Quiero que confíes en mí. Tus padres, que están en el cielo, nos miran y nos protegerán a los dos, si somos buenos. Debes ir con el abad. Cuando quieras hablar conmigo, el abad me lo dirá.

—Te quiero, Timeo —dijo abrazándose a su cuello.

Al sirio se le hizo un nudo en la garganta. Él también volvía a estar solo. Asintió, mudo; la besó en la frente, como habría he-

* En el año 711.

cho un padre, y la acercó al abad. En silencio, ella le dijo adiós con la mano.

Cuando el abad y la niña se perdieron entre la gente de las calles, otro hermano de la congregación le tocó en el hombro.

—Sígueme, hermano. El abad me dijo que te acompañara.

—¿Adónde?

—A los subterráneos.

—Entonces volvemos a donde empezó todo. A la oscuridad. A la clandestinidad —suspiró Timeo.

—La luz volverá algún día, hermano —fue la réplica del monje.